

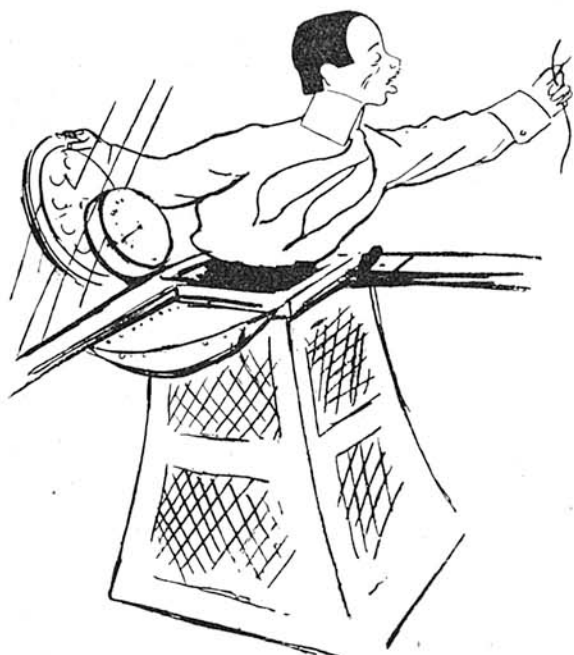
Miscelánea



De lo vivo a lo pintado

(Número 9)

Por el Capitán Auditor
JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO



Caricatura de S. Dumont, por "Sem".
(De la *Histoire de l'Aéronautique*,
de Dollfus y Bouché.)

Tal como lo veis ahí, a vuestra izquierda, era, os lo aseguro; y no porque yo llegara a conocerle personalmente, y sí únicamente de oídas, sino porque, realmente, no podía por menos de ser así. De cuando mi niñez, recuerdo una cancioncilla que oí cantar y yo mismo prendí, ni sé a ciencia cierta dónde ni sé exactamente cómo. Se refería a nuestro hombre, y, poco más o menos, empezaba así:

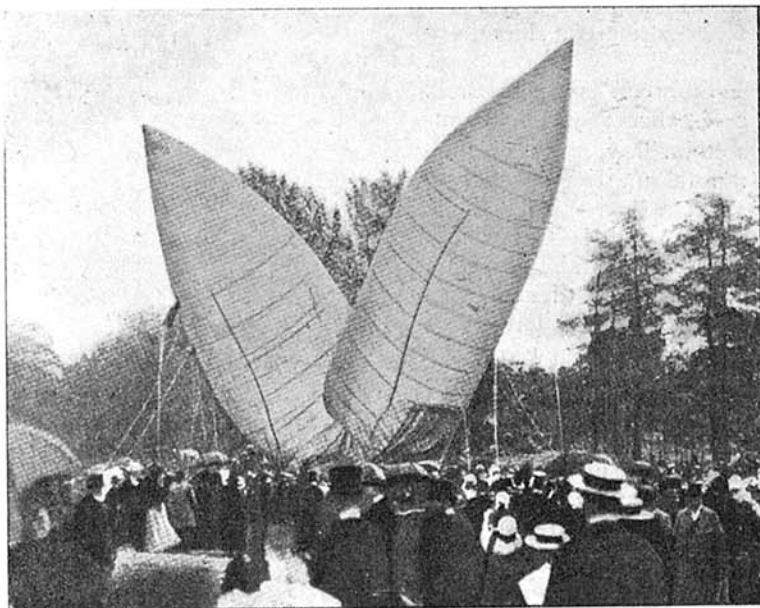
"El señor Santos Dumont..."

Lo cual no es mucho, evidentemente, toda vez que del resto sólo conservo una brumosa idea tras cuyo ce'aje me parece entrever que se le conminaba, ignoro por quién, al bueno de Santos

El señor Santos Dumont

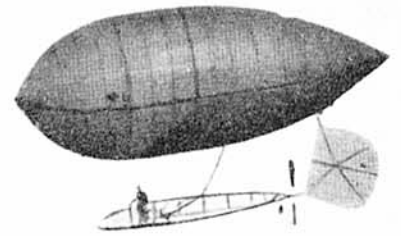
Dumont, que iba en globo o artefacto parecido, para que descendiera, a lo que el citado señor no sé de qué manera respondió. Pero, en fin, lo cierto es que poco se me da de ello; que lo que aquí me importa es poner de manifiesto la popularidad que el aeronauta de la cancioncilla debió de alcanzar cuando los seguramente infames versos a que aludo llegaron a los oídos de quien, como yo entonces, apenas pasaba de chiquilicuatro recién asomado a las novelas de Salgari, pongo por muestra de madurez intelectual.

Pues bien, ahí lo tenéis. Y si os parece demasiado distante para entablar íntimo conocimiento, a la vuelta de la página, acicalado y lamido, como un inédito Max Linder de los aires, emergiendo de la horrenda prisión



El "S. D. núm. 2", en un accidente (1899).

(De la *Histoire de l'Aéronautique*, de Dollfus y Bouché.)



Tres ejemplares de los "Santos Dumont": el núm. 3, el núm. 4 y el núm. 9.
(De la *Histoire de l'Aéronautique*, de Dollfus y Bouché.)

de ese cuello almidonado que se adivina implacable como argolla de esclavo y se contempla interminable como pescuezo de jirafa. Pero no os dejéis influir excesivamente por la imagen. Yo os garantizo que, si quitáis de ella cuanto le puso su tiempo, esto es, el peinado acharolado, el bigotito un tanto acharlotado y el incomprendible instrumento de tortura que separa a la breve cabeza del resto del cuerpo, os quedará una figura digna de todo nuestro respeto.

Cuando el brasileño Santos Dumont se asomó al París de la Francia, le faltaban a este siglo nuestro dos años para venir al mundo, lo cual quiere decir, aligerado de literatura, que aquél llegó a París en 1898. Era ese un curioso tiempo del que sólo podréis daros alguna idea por la acartonada indumentaria de la figura que acabo de presentaros. Andaba el París del Imperio de capa caída y por el bulevar se retiraban del brazo de la bella Elena los alegres tiempos de Offenbach y de la opereta. Triunfaban en su lugar el café-concert y el "chansonnier", y, ante el pasmo de un tiempo que se abría a la maravilla de la electricidad, la Exposición Universal estaba próxima a borrar los últimos restos del "affaire Dreyfus", levantando el esqueleto desmesurado de la Torre Eiffel y la noria tremenda de cien metros de altura. Aún el ritmo blando de "La viuda alegre" podía poner su tanto de alada poesía en el trotar cansado del caballo del último "fiacre"; pero por aquella encrucijada en que se tropézaban el siglo viejo y el nuevo, asomaba la línea absurda del primer automóvil. Fue aquella una edad que Aunós, en su "Historia de las ciudades", nos ha dejado perfectamente retratada, con su temporal convi-

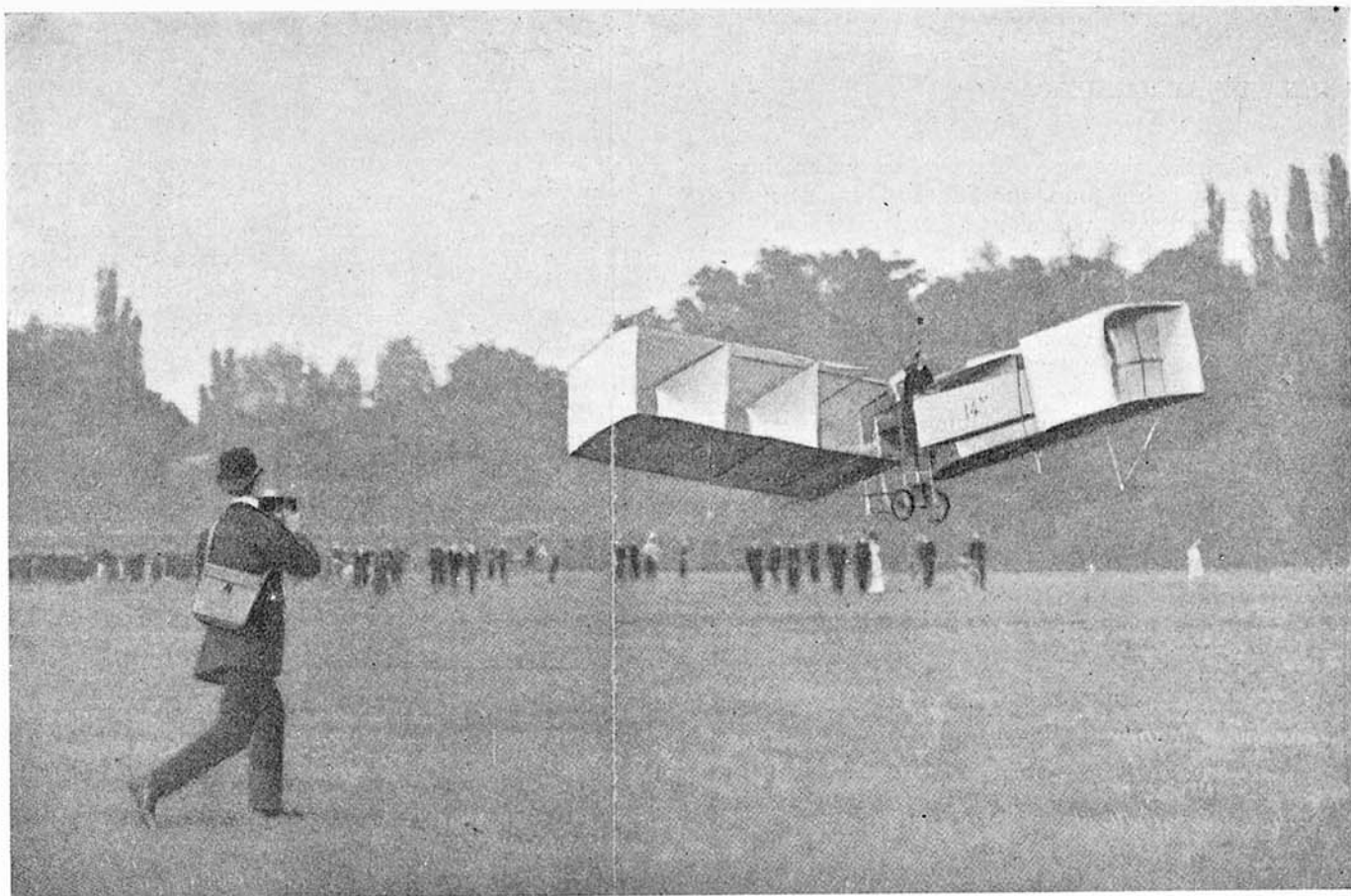
vencia de dos mundos. Este de ahora comenzaba, digon Ritz abría el primer hotel moderno. Todo era primero, por lo demás, o de puro viejo, sin edad. Primer automóvil, primeros tranvías eléctricos, primera línea del "Metro"... e inevitables papanatas de siempre contemplando con la misma expresión embobada todas esas nuevas maravillas y las no tan inéditas del Maxim's o del Folies Bergère.

De las primeras es Santos Dumont. Ante un paisaje de sombreros de copa, faldas hasta los pies y cuellos almidonados, en el que destacan como setas innumerables los hongos de los caballeros, vamos a asistir a los primeros ensayos de Santos Dumont.

Fueron primero a través de esa larga teoría de panzudos o asténicos dirigibles, de los que una parte podréis contemplar en las páginas de esta vuestra sección. Tras la primera prueba en globo libre, el "Brasil", todo se le volvió a Santos Dumont, en efecto, engendrar esa interminable cadena de descendientes, ¡ay!, tan prontamente malogrados, y a los que ni siquiera dejó el consuelo de bautizarlos con nombres como Dios manda, sino con la fría etiqueta de unos números: Santos Dumont 1, Santos Dumont 2, Santos Dumont 3... Así hasta dieciséis. Dieciséis dirigibles en nueve años. El 20 de septiembre de 1898 fué la ascensión del primero, desde el Jardín de Aclimatación. Evolucionó bien, pero al descender se plegó sobre sí mismo, adoptando esa un poquito ridícula actitud que podréis contemplar en la fotografía del Santos Dumont 2, fiel seguidor en eso de las huellas del primogénito. Y es que el éxito estaba reservado al quinto de los hermanos. Se trataba del premio de cien mil francos creado en 1900 por Deutsch de la Meurthe para



S. Dumont en 1901, por "Sem".
(De la *Histoire de l'Aéronautique*, de Dollfus y Bouché.)



El "S. D. n.º 14-bis" sobre la pradera de Bagatelle, el 23 de octubre de 1906.

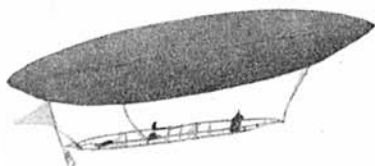
(De la Histoire de l'Aéronautique, de Dollfus y Bouché.)

el primer aeronauta que lograra... No os sonriáis, os lo ruego. Porque si la empresa puede hoy parecernos pueril, requirió no poca decisión y temple en quienes a bordo de sus inverosímiles artefactos la intentaron. Se trataba de partir del Parque del Aero Club de Francia, en Saint Cloud, llegar hasta la Torre Eiffel, rodearla y volver al punto de partida, todo en menos de treinta minutos. Santos Dumont lo intentó y lo consiguió.

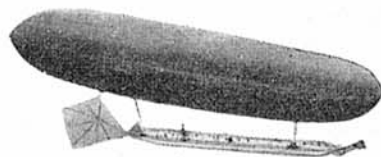
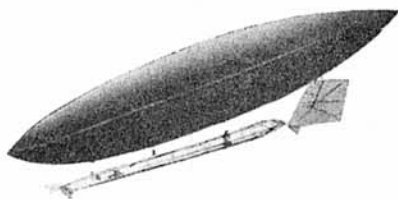
Leer hoy la historia de su hazaña sirve para darnos una idea de la impresión que produciría en nosotros la lectura de las Memorias que redactara nuestra hijita, si es que fuera capaz de redactar Memorias, sobre sus primeras aventuras camino de las faldas de mamá o a través del temeroso espacio que separa las sillas de esta pared del comedor de las del otro lado. Pues sólo después de inúmeros tanteos y de aún más innumerables coscorrónes—sólo que coscorrónes que podían tener las más trágicas consecuencias—logró Santos Dumont alcanzar la ambicionada meta. Primero fué el llegar hasta la Torre Eiffel; después el rodearla; luego el volver; al cabo, hacerlo todo en el tiempo requerido. Poseemos no pocas fotografías de la época que inevitablemente

nos muestran alguno de los dirigibles del brasileño abatido sobre los árboles del parque Rothschild o en parada forzosa en Longchamp, o más forzosamente aún sobre una pared cualquiera. Pero, en fin, los pececitos de los nenés también acaban por encontrar su camino, y el dirigible de nuestro amigo terminó recorriendo el suyo. El 19 de octubre de 1900 el "Santos Dumont" salía de Saint Cloud a las 14 horas, 42 minutos, llegaba hasta la Torre Eiffel, la rodeaba, y volvía al punto de partida a las 15 horas, 12 minutos. Media hora cabal, y el premio y la gloria para el tenaz aeronauta.

Su popularidad fué así en aumento. Llegó a ser el hombre de París. Tan por suya pudo considerar la población, que libremente dispuso para sus visitas del Bosque de Bolonia o de los mismísimos Campos Elíseos; porque si sus aparatos le hacían omnipresente, su arrojo, y estoy seguro que su simpatía, le convertían en personal amigo de todos los parisienses. Luego se le ha criticado por poco científico, porque desdeñó problemas fundamentales de estabilidad, llevado de su fantasía. La verdad es que su obra técnica no dejó de valer en cuanto introdujo nuevos materiales y disposi-



Otros tres "Santos Dumont": el "Santos Dumont n.º 6", el "Santos Dumont n.º 7" y el



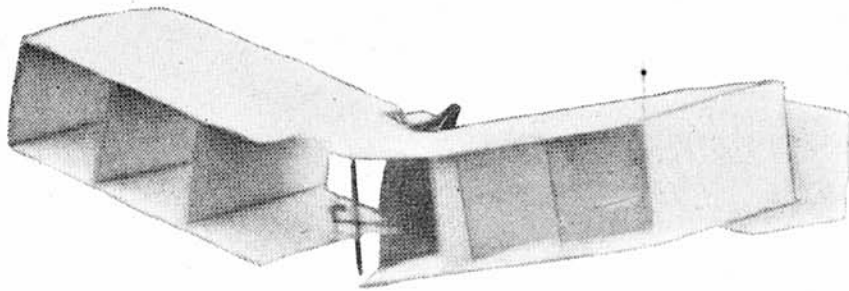
"Santos Dumont n.º 10". (De la Histoire de l'Aéronautique, de Dollfus y Bouché.)

tivos, y así se ha observado por Dollfus y Bouché; la verdad es que, sobre todo, fué Santos Dumont un admirable sembrador de vocaciones. En 1901 había "lanzado" el dirigible. Pero mientras con sus ascensiones él creaba prosélitos, ocurrían cosas decisivas en el campo de "los más pesados que el aire". En 1903, los Wright construían su aeroplano; en 1905, tenía lugar un vuelo de media hora de duración... Era la bancarrota de los "más ligeros que el aire". Y tan alerta estuvo el perspicaz interés de Santos Dumont a lo que nacía, que, tras "lanzar" el dirigible, acertó a "lanzar" en 1906 el aeroplano. Fué el suyo ese indescriptible "14-bis", que podéis contemplar, como inexplicable amasijo de alambres y planos, aleteando apenas, a modo de inexperto polluelo recién salido del cascarón, sobre la pradera de Bagatelle.

"Aquello" era un biplano, con 52 metros cuadrados de superficie, motor de 24, después de 50-HP., largo de

fuselaje y con un peso en junto de 300 kilos; pero "aquello" realizó los primeros vuelos sostenidos en Europa, controlados y ante un gran público, como Bouché y Dollfus hacen notar. Fué el primero el 13 de septiembre de 1906. El 12 de noviembre, Santos Dumont lograba recorrer 220 metros en 21 segundos, a seis metros de altura, consiguiendo así un nuevo premio del Aero Club.

Fuó su último gran momento. Otros nombres vinieron después a convertir el suyo en mero recuerdo. No nos ceguemos, al evocarle, por la fácil ironía que al recordar su tiempo pueda nacer en nosotros. De 1900 a 1914, nos quedan, es verdad, centenares de absurdas fotografías con absurdos aeronautas a bordo de aún más absurdas aeronaves; pero es el caso que entre los unos y los otros, a fuerza de derrochar ciencia, valor y entusiasmo, hicieron posible la aviación.



El "S. D. 14-bis" (12 noviembre 1906).

(De la *Histoire de l'Aéronautique*, de Dollfus y Bouché.)

La historia del Obispo que voló sobre un diablo

Naturalmente, yo no puedo aseguráros que ello sucediera realmente. Lo que sí puedo garantizaros es que, si abris las *Cartas eruditas* de Fray Benito Jerónimo Feijóo por su tomo primero, allí toparáis con la narración del hecho, tal y como yo os la voy a dar aquí. Claro está, me diréis, que es menester, para que sepamos exactamente a qué atenemos, conocer algo tan importante como si el monje de Oviedo creyó o no en la historia. ¿Tan importante? Bien; os diré que no, es decir, que Feijóo, no sólo no creyó la historieta, como él mismo decía, sino que incluso cogió la pluma para desmentirla. Es, por lo demás, lo que tantas veces hizo: atrapar los más groseros errores que a fines del siglo XVIII andaban de boca en boca, levantarlos bien a la vista de todos y mostrar después sus flacos e internas contradicciones, para, aligerados de toda su pompa de fantasía y vana palabrería, soltarlos a manera de globos desinflados, que nadie a buen seguro volvería a tomar por monstruos extraños y temerosos. Pero claro está que hoy lo que menos nos importa muchas veces es su sabia refutación, y adonde nos dirigimos, en cambio, directa y apasionadamente, es a la fabulosa narración de los errores que él se propuso desterrar: a los duendes que pululan por las páginas de sus monumentales obras, a esos inauditos monstruos que tan a menudo nos dirigen sus muecas ho-

rrendas desde tal cual amarillento folio de las *Cartas* o del *Teatro*; a esas tenebrosas cuestiones del hombre pez de Liérganes o del por qué saltan las arañas de un tejado a otro tejado, a muchas de las cuales tan acertadamente se ha asomado modernamente un Marañón. Porque es el caso que hoy, al cabo, dejamos de creer a ojos cerrados en tales "sucedidos", y es cosa que a veces nos desazona, y nos hace volver a ellos un poco despreocupados de toda actitud crítica y vigilante, un mucho inclinados a la dulce actitud abandonada del que ama la bruma y la media luz en que puede empezar a contemplarse el rebullir de las hadas entre las bajas hierbas y el moverse revoltoso de los duendecillos a lomos de las hormigas.

Muchas veces he recordado, en efecto, un cierto globo terráqueo que dormía entre los trastos viejos de la mesa de mi abuelo, hace de esto, naturalmente, bastantes años. El globo era muy viejo, más viejo, desde luego, que mi abuelo. En él la Tierra era todavía, no esta esfera uniformemente surcada por líneas de comunicación, regularmente salpicada de poblados o ciudades, totalmente repartida en policromas superficies, que hoy podemos ver, sino una deliciosa y perenne invitación al ensueño. El muchacho de ocho, de diez, de doce años que yo era, podía extasiarse

contemplando lo que ya sólo era realidad en su mente de lector de Salgari, Verne y Mayne Reid: unos casquetes polares, vírgenes de todo nombre; un Asia central donde las azuladas líneas de los ríos y las blancas de las carreteras se perdían en un desierto donde ya clareaban los nombres de las ciudades; un Africa donde a pocos kilómetros de la costa de Guinea podía leerse la fascinadora expresión: "Países desconocidos", entre vagas referencias a unos montes de la Luna o a una Nigricia donde tan a sus anchas podía circular un Allan Quatermain absolutamente inconcebible en Captown o en unas fuentes del Nilo perfectamente identificadas. Y como, además, uno no había aprobado la Física, es claro que uno vivía en un mundo maravilloso rodeado por todas partes de misterios. El vendaval de la guerra se llevó aquel globo Dios sabe dónde. Pero ese mundo ya se había perdido. Si uno ha vuelto a creer en las hadas—y eso lleva de ventaja sobre aquella presuntuosa edad que digo—, eso no basta para recobrar aquel mundo perdido. Y de ahí que se vuelva, con una cierta ansiedad, a cuanto pueda devolverle un tanto de ese misterio ido, dejando a un lado cuanto sea crítica, áspera crítica demolidora.

No es, sin embargo, que en el caso que nos ocupa aquí, la crítica sea enteramente desacertada, ni aún ahora. Porque no es la leyenda que esa crítica ataca ninguna hermosa y conmovedora historia de una rubia y maravillosa Titania; ni siquiera el vuelo que aquí se da por imposible es el de un elefante volador, que hemos aprendido a admitir recientemente, con todo y con ser mucho más inconcebible, atendidos peso y circunstancias, que el universalmente rechazado de los burros volantes. La historia del Obispo de Jaén es, sobre inconcebible, fea, como lo son todas las cosas en que anda el diablo, y más un diablo tan feo como el que en la hazaña participó—y perdonadme si la brevedad me veda dar las razones, que las tengo, y de peso, para no creer que el diablo resultara muy agraciado—. En todo caso, nada de eso nos dice Feijóo, cuya crítica, por tales razones, no recato; que si el hablar de leyendas pudo llevarme a añorar a Peter Pan o al Capitán Nemo, nada de esto puede rezar con las malas leyendas. Y ésta es una.

Mala, pero curiosa, ¿no es así? Por lo menos, Feijóo le consagró dos cartas: la primera, que es la XXIV del tomo I, la doy aquí; en la segunda, el benedictino volvía al asunto con ocasión de haber encontrado en la "Chronica General de España", escrita por orden de Don Alfonso X el Sabio, la misma relación, pero no referida al Obispo de Jaén, sino a un San Atendio, Obispo de Visitaña. No es cosa de insertar una carta, esta segunda, que es la XXI del tomo II, exclusivamente enderezada a pormenores de índole erudita, que ni a vosotros ni a mí, a buen seguro, nos importan demasiado. Bástenos saber que el tal San Atendio, Obispo de Visitaña, no era santo de ningún martirologio, ni su diócesis, diócesis de ningún lugar ni tiempo: y es que, en realidad, lo que en la "Chronica" se hizo fué copiar—malamente, por supuesto—una historia que ya aparecía en la "Chronica" de Sigeberto, iniciada donde terminó la suya San Jerónimo, y según la cual, en el año 411, los vándalos invasores de las Galias dieron muerte a un San Antidio, Obispo de Besanzon, del cual se cuenta lo que la "Chronica General de España" dice: "...que le avino, que el martes después de Ramos pasó por la puente de un río, que ha nombre Divino, e vió en un campo gran campaña de diablos...", aunque también al copiar el nombre del río se puso

Divino por Duvio, que es el que pasa por Besanzon. La historia la mantuvo aún en el siglo XVII un Juan Jacobo Chifflet, médico de Besanzon, en su "Vesontio Civitas Imperialis Libera Sequanorum", y el propio Feijóo la vió en el "Espejo historial", de Vincencio Belovancense; cualquier natural de Jaén que en alguna de esas fuentes la leyera, pudo haberla trasladado a su tierra, dice Feijóo, dando lugar a la historia del obispo indígena. Y ello era tanto más verosímil cuanto que, según los sabios jesuitas anterpienses, que escribieron la vida de San Antidio, el mismo cuento se atribuyó antes a San Máximo Taurinense, y en rigor fué "de obispo en obispo, y de Obispado en Obispado, como de Ceca en Meca. Empezó por Turín, de allí pasó a Besanzon; dió una breve vuelta por el imaginario Vestaña y paró últimamente en Jaén", palabras definitivas con que Feijóo resuelve la cuestión.

No nos erceremos, pues, la historia, amigos lectores; pero, ¿cuál era la historia? Escuchad lo que Feijóo contestó a quien se lo preguntó:

"Señor mío: De buen humor estaba Vmd. cuando se le ocurrió inquirir mi dictamen sobre la historieta del Obispo de Jaén, de quien se cuenta, que fué a Roma en una noche, caballero sobre la espalda de un diablo de alquiler: ¡Triste de mí, si esa curiosidad se hace contagiosa, y dan muchos en seguir el ejemplo de Vmd., consultándome sobre cuentos de niños, y viejas! Parece que le hizo alguna fuerza a Vmd., para no disentir enteramente, la circunstancia añadida a la historia, o complementiva de ella, que aún hoy se conserva en Roma el sombrero de aquel prelado; como si la ficción de este aditamento tubiese más dificultad, que la del cuerpo del cuento. ¿Qué testigos calificados deponen de la existencia del sombrero? Puede ser que en alguna Iglesia, de tantas como hai en Roma, se guarde, como reliquia, el sombrero de algún Obispo santo, y a algunos Españoles simples, otros Españoles dobles les hayan embocado, que es el sombrero del Obispo de Jaén."

"Supongo, que los que publican la conservación del sombrero, dan por motivo de ella, perpetuar la memoria del prodigio, de que amaneció en Roma cubierto de la nieve que aquella noche había caído sobre él en el tránsito de los Alpes. ¿Pero cómo se compone esto con el chiste, que hace parte de la Historieta, de que llevándole el Diablo acuestas sobre el mar, con un ardid quiso hacerle pronunciar el nombre de Jesús, para dexarle caer sobre las hondas; y el Obispo, oliendo la maula, le dixo, como si le batiera con el acicate: Arre Diablo; con que lo hizo avivar el paso, y guardar sus engañifas para mejor ocasión? ¿Cómo se compone, digo, ir de Jaén a Roma por los Alpes, y hacer el mismo viage navegando el Mediterráneo? Sólo de este modo pudo correr el prodigio por Mar, y por Tierra. De qualquiera modo que fuese, discurro, que el Obispo había dexado el pectoral en casa; por que como la Cruz es tan pesada para el Diablo, no podría, llevándola acuestas, hacer tan largo viage en tan poco tiempo.

"¿Qué espera Vmd. que le escriba, sino chanzonetas, sobre tan ridícula patraña? Según yo la oí, no se determina en la relación, si el uso, que hizo el Obispo del Diablo, fué lícito, o ilícito; esto es, si usó de él como hechicero, por vía de pacto, o por vía de imperio, con comisión del Altísimo. En uno, y otro hai una grande incongruidad. Haila en lo primero, no siendo creíble, que el Demonio voluntariamente sirviese al Obispo, para evitar un grave daño de

la Iglesia, que dicen amenazaba, en no sé qué absurda resolución del Papa, pues ese fin señala la Historieta para el viage. Digo voluntariamente; porque eso de que el pacto obliga al Demonio, de modo, que no pueda resistir a la voluntad de aquel con quien ha transigido, es cosa de Teólogos de Vade a la cinta. Haila en lo segundo, porque siendo el viage dirigido a un fin santo, es más conforme a razón, que se executase por el ministerio de un Angel bueno, que de un malo; así como por el ministerio de un Angel bueno fué trasladado Hababuc de Judea a Babilonia, para dar de comer al encarcelado Daniel. Si se me quisiese oponer el exemplo de Christo, conducido por el Demonio al Pináculo del Templo, responde con dos manifiestas disparidades. La primera, que Christo sólo se hubo passive, y permissive, en aquel caso. La segunda, que el Demonio, no para un fin bueno, antes con intención depravadísima condujo a Christo al Pináculo del Templo.

"¿Mas para qué cansarme en argumentos? Mientras en alguna Historia, o Eclesiástica, o profana digna de alguna fe, no se me mostrare escrito el caso, téngolo por indigno de egercer en él la Crítica. Yo, hasta ahora, no le hallé en Escritor alguno. Si le hallase, examinaría qué fe merecía el Escritor, qué testigos citaba; consideraría la verisimilitud e inverisimilitud, contradicción, o coherencia de las circunstancias.

"Mientras, no le miro más que como un cuento, que anda por Cocinas, y Bodegas, le despreciaré como tal, y me

reiré a carcajada suelta de qualquiera que lo crea. Dios quiera que no sea Vmd. uno de ellos, y me lo guarde muchos años."

"NOTA.—En esta ciudad de Oviedo hai un pobre Ganapán, llamado Pedro Moreno, de quien se cuenta en substancia casi lo mismo que del Obispo de Jaén. Refiérese el caso de este modo. Se le habían entregado unas Cartas para que las llevase a Madrid con más que ordinaria diligencia, porque importaba la brevedad. A poca distancia de esta Ciudad encontró un Fraile, (nombrase la Religión) que se le ofreció por compañero de viage. Resistióle algo, con el motivo de que iba con mucha prisa, y no podría el Religioso seguir su paso; mas al fin éste le reduxo, y al mismo tiempo le entregó un báculo, que llevaba en la mano, para que usase de él. Con esto emprendieron el viage, y fué tan feliz, que habiendo de aquí a Valladolid quarenta leguas, fueron en el mismo día a comer algo más allá de aquella Ciudad. El resto del viage se hizo con la misma brevedad. Este cuento estaba esparcido por todo el Pueblo, y creído de todo el Vulgo (pienso que también de algunos fuera del Vulgo) quando llegó a mis oídos. El sugeto de la Historia era el testigo que se citaba, el qual la había referido a infinitos. Hícele llamar a mi Celda, para examinarle. Ratificóse en que era verdadero el hecho; pero con preguntas, y repreguntas sobre las circunstancias, le hice caer en muchas contradicciones. Fuera de esto hallé, que a diferentes sugetos había referido el caso con mucha variedad. Lo que saqué en limpio fué, que había oído el caso del Obispo de Jaén, y le pareció se haría hombre famoso, haciendo creer de sí otro semejante. Pienso que después, estendiéndose la noticia de mi pesquisa, se desengañaron muchos. Pero antes de hacer esta averiguación, a cuántas partes llegaría la especie de este viage prodigioso, a donde no llegará jamás el desengaño! Acaso, si no lo estorva este Escrito, será algún día poco menos famoso en España el viage del Ganapán Pedro Moreno, que el del Obispo de Jaén."

Paréntesis sobre unas aleluyas

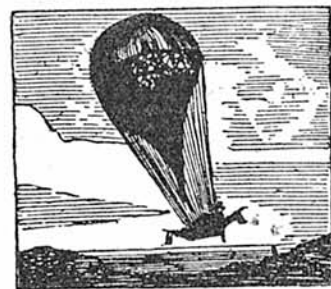
Bien, ahí las tenéis. No todo el pliego, es claro, que eso ya se andará; pero sí tres viñetas por las que podáis sacar el cuerpo del que fueron parte. Vindel y Díaz Arquer, a quienes sigo, dicen que pertenecen a *Los dones de la fortuna*, hoja de aleluya con cuarenta y ocho viñetas, impresa en Madrid, en la imprenta de Marés y Compañía, en el año del Señor de 1866. Bueno, yo no sé si alguna vez habré visto, en su original, el pliego, o cualquier otro de globos. Lo que sí sé es que, allá en la bruma de mi infancia, que ya empieza a estar un poquito lejana, vi aleluyas y que después no he vuelto a verlas, y que este reencuentro, siquiera sea a través de un libro y para fines tan distantes de mi puro y desinteresado goce infantil como hacer una nota para esta Sección, me ha devuelto un poco a aquel tiempo. Por entonces las vendían por todas partes, es claro, pero yo recuerdo especialmente haberlas contemplado ilusionado en una procesión, por la plaza Mayor, cuando aún abrían las procesiones "los Romanones", y los chicos, en



Temerario y más que bobo es el que sube en un globo.



Enormes globos elevan que flores y luces llevan.



El aeronauta se eleva en un globo que le lleva.

(De la *Historia de la Aeronáutica*, de Vindel y Díaz Arquer.)

vez de leer novelas policíacas, se ilusionaban con estas otras cosas. Creo que alguna vez, justamente a propósito de estas aleluyas, hablé del espíritu antiheroico que representaban; por eso, ya comprenderéis, del "temerario y más que bobo"... Bien, puede ser; pero olvidé añadir que eso nunca pudo rezar con los muchachos, y que para éstos es la música, y no la letra, lo que importa; el grabado, que no la leyenda; y que es ésta, en las aleluyas, la que despreciarían, para lanzarse sin miedo, a bordo de ese mismo globo, al séptimo cielo de su ensueño. Un ensueño que hoy, a lomos de esas sutiles, inconsistentes hojas volanderas, debemos recordar.